

EL VIEJO VERDE

CRÓNICA MUNDANA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PASADAJE DEL COMERCIO, 11. :: APARTADO DE CO-
RREOS 694 :: TELÉFONO 3.163 :: 16 PÁGINAS, 5 CÉNTIMOS :: 25 EJEMPLARES, 75 CÉN-
TIMOS :: SE PUBLICA LOS DOMINGOS :: AÑO II :: NÚM. 32 :: MADRID, 7 FEBRERO 1915



El.—Después de lo que ha pasado entre nosotros, debemos ofrendar a tu marido con nuestros cadáveres. ¡Peguémonos un tiro!
Ella.—¡Mira, mira; ven mañana a la misma hora y lo pensaré!



Don Rodrigo por la Cava

Don Rodrigo no es el godo del mismo nombre; es un funcionario del Ayuntamiento. La Cava a que se alude no es aquella Florinda que dió al traste con los godos, levantando la tremenda polvareda de que nos da cuenta la Historia, no; la Cava a que aquí se hace referencia es la Cava Baja.

Don Rodrigo Romete es ecuaníme y reformista. Disfruta y se regodea con el haber anual de dos mil quinientas pesetas en el negociado de adoquines anormales. Es propietario de un hermoso forúnculo en la parte posterior del cuello, que le impele constantemente a guardar cierta inclinación de la cabeza, que apreciada en los momentos que goza de placidez este ser ordenado, parece ofre-

cer pleitesia; pero observado en los pocos momentos de indignación porque atraviesa, parece inclinación de buey presto a cornear. Se dice que son pocos los momentos de indignación, por lo que es conveniente advertir que cuando Romete ríe, enarca las cejas, entreabre ligeramente los labios dejando entrever cuatro dientes superiores y dos inferiores que causan sensación de pedacitos de regaliz, por lo negro, marcan sus carrillos unas arrugas profundas que se vislumbran a través de la barba rala de color gris que allí ha vegetado, y que, unido a ciertos movimientos de las amplias orejas (orejones diríamos mejor) hacen confundir una alegría sana y refocilante, con una indignación estúpida y falaz.

Don Rodrigo hace cincuenta y dos años que vió la luz. Vino a este mundo en Madrudejos, al mismo tiempo que el trancazo. A las siete de la mañana llegaba él; a las siete y veinticinco la señora del Registrador caía herida en el lecho víctima de un leve trancazo inoculado por su señor marido.

Romete permanecía soltero, lo que producía en su constitución psíquica una inclinación a la melancolía romántica. Era algo filósofo y soñaba a gritos. Tenía únicamente dos preocupaciones: saber quién puede más, si un hipopótamo o un alcalde pedáneo, y desear que partiera pronto para el mundo de lo desconocido el jefe de su Negociado y ascender pronto.

El día de autos Romete había cobrado treinta pesetas de un décimo premiado. Se compró unas botas de catorce pesetas y arrojó a una alcantarilla las viejas melancolias. Internóse en un restaurant barato, deglutió sopa de hierbas, albóndigas, salchicha, queso y demás alimentos adyacentes.

Se sentía grande. Salió deleitándose con un cigarro de 0,20 escogido, ufano y "algo rijosillo"—que decimos yo y Cervantes—, y se prometió dar gallardo remate a aquel trotecillo picado que ha-



El pollo.—¡Por Dios, nena: detente un poco, que no tengo juego en esta pierna y no te puedo seguir.

Ella.—Pues ya no le hago caso, porque a mí me gusta mucho juego.

bía adoptado aquel día su carácter serio y ordenado... Y tiró por la Cava Baja.

No habría contado un podómetro de los buenos veinte pasos, cuando interrumpió la marcha de Don Rodrigo una rodrigona, si no muy mal trajeada, si peor encarada, que silbó, por entre unos cinco dientes, a los oídos de nuestro grave varón canción igual y hasta con la misma música, que aquella otra que el espíritu del mal introdujo en el oído primitivo de nuestro buen padre Adán.

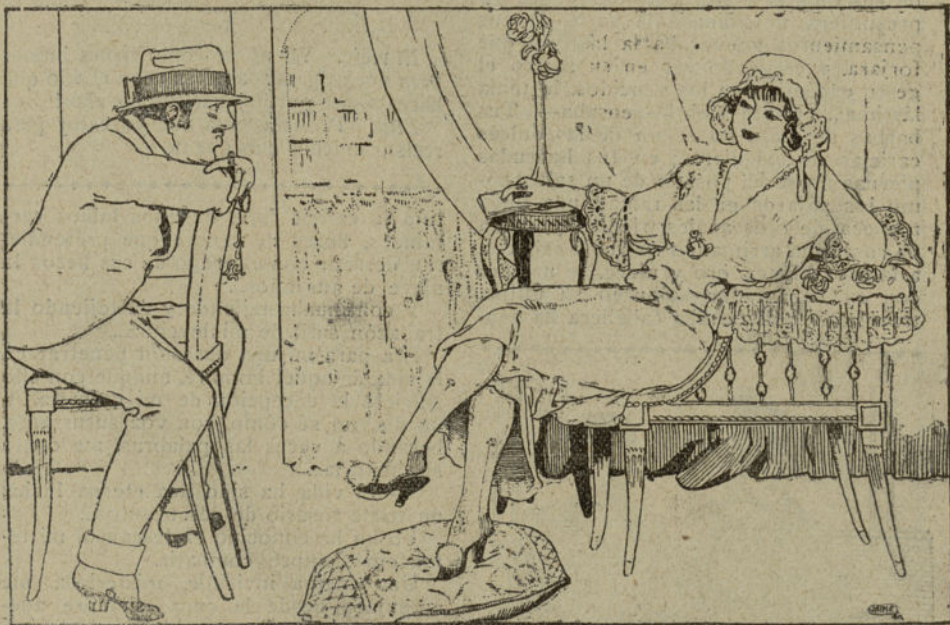
Y antojósele en su romanticismo ser aquel silbo canto de sirena, y dejándose atraer hubo de penetrar en casa de vieja arquitectura, que debiera ser solariega, y no por nobleza, sino por derribo.

Fué presentado a dama de mucha calidad—enjuta de carnes y pintada de

Rodrigo, y la vieja sirena hablóle de otra allí cautiva, también por él picada de amor y algo el rostro por la viruela. Romete requirió de su presencia, obsequióla también, y en evitación de inoportunidades retiróse con ella a un aposento de aspecto humilde.

Serían contados minutos los que llevaría Don Rodrigo en su retiro con la dama, cuando sintió fuertes golpes en la puerta, abrióse ésta y entonces sintió unos más fuertes en distintas regiones del cuerpo, que le parecieron propinados por un jayán. Esto, acompañado de cierta gritería escandalosa, hicieron renacer en su interior los principios graves y ordenados e hizo que huyera presto de aquella mansión infernal.

Salió a la calle. Un viento sutil y frío



—Te callas, ¿verdad? Pues ahora, de frente es como debes atacarme; pero por detrás, ¡hombre, no!

rostro—que dijo estar prendada de él, y a quien Don Rodrigo, como cumple a caballero bien nacido, hubo de obsequiar con parte de la platería de su bolsillo con destino a un obsequio. Aceptada la moneda y cuando la dama iba a demostrar el mucho agradecimiento que por él sentía, sonaron unos golpes en la puerta que daba acceso a la escalera, turbóse la dama y confesóle que un no muy hidalgo mancebo llegaba a dar suelta al despecho amoroso que ella le causaba y a rebanarla la nuez.

Salió la dama, quedóse pensativo Don

como la muerte le azotó la cara, obligándole a taparse hasta las narices. Con paso tardo llegó a su domicilio y requirió al sereno.

—Buenas noches, señuritu. Vaya una nuhecita.

—Sí, una verdadera noche de perros—comentó filosóficamente Don Rodrigo y se internó en el portal.

Manuel Guío.

**A primeros de Marzo aparecerá
FRÍVOLA, Revista humorística.**

ALMAS GRANDES

Yo conservo intacta en mi memoria una historia de amor. Es una historia triste, abnegada, que me narró hace tiempo un viejo venerable.

La transcribo tal como salió de su boca, sumida por un eterno suspirar...

Sin saber el por qué aquel viejecito de lengua barba blanca, profética, y ojos de mirar profundo, me atraía. Y al verle siempre triste, solo, recogido en sí, forjé en mi cerebro, alrededor de su figura, una bella leyenda que adentróse tanto en mi ser que la dí calor de vida...

Muchas veces ante su figura de apóstol quedábame mudo, como ante un enigma, y mientras pretendía leer a través de sus ojos la historia de llanto que yo presintiera, desgranaba la sarta de mis pensamientos y evocaba la historia que forjara, y creyendo ver en su rostro el gesto excéptico de los vencidos, le tenía lástima... ¡Pobre viejo!—pensaba—. Tus barbas de plata no saben de las dulces caricias de los nietos; en tus huesudas piernas no se ha posado de un salto, como los pájaros en las ramas, una linda muñeca de ojos azules, rientes y carita de rosa, que arrimando su rubia cabecita a la tuya blanca, oro y nieve, te narrara con su encantador balbuceo su última travesura...; ni tu alba cabellera ha sen-



El viejo.—Yo no sé cómo tienes humor para que salgamos a la calle con el frío que hace. ¡No se puede jugar con los años!

Ella.—Ten en cuenta que yo estoy para resistir muchos más que tú.

tido la caricia leda de unos labios carmíneos, flores de sangre que pretendieran derretir con el fuego de sus besos la nieve de tus años...

Y continuaba tejiendo y destejiendo la trabazón sutil de mi leyenda...

Era para mí una obsesión penetrar en la vida de aquel hombre, aunque con ello sufriese la decepción de mi quimera. Y un día, no sé cómo, con voz susurrante, besando a veces las palabras, me contó su historia...

—Mi vida ha sido una eterna lucha, un triste rosario de desencantos...

Yo no he conocido el descanso, mi tema era siempre combatir.

Una fuerza invisible, misteriosa, me empujaba desde la cuna, siempre adelante, hacia lo desconocido, hacia lo imposible...

Yo he sido un triste barco azotado constantemente por un fuerte temporal, y en esa eterna lucha he ido perdiendo poco a poco todas las ilusiones.

Un pobre peregrino que caminaba por el candente desierto de mi vida, tras una cisterna donde saciar mi sed de amores, en pos de un ideal...

—¿Y no llegó usted en su eterno caminar al florido oasis ansiado?

—Llegué. Hallé la Presentida... La que en las noches de paz y de luna emergía del fondo de mi alma, la que con su voz musicalina, que sonaba en mis oídos como rumor de besos y susurros de amores, calmaba mis torturas, la que se-



Ella.—Caballero: ¿es usted pariente mío?

El.—¿Por qué lo dice usted, señora?

Ella.—Como me está usted tocando...

renaba mi frente ardiente con la gracia
impoluta de sus manos de nieve...

Pero ¡oh misterio inquietante de mi
vida! Mi sino era penar. Mi amada, la
gentil figulina de los bucles de oro, co-

mo linda princesa de un cuento de ha-
das, no me amaba, su corazón sufría las
añoranzas de un amor perdido...

Ella depositó en mi pecho, para cul-
minación de mis pesares, las quejas del

Lo poco agrada...



—¡Ya me está molestando tanto aire!



Cancionista española que tiene un verdadero caudal de voz. Es mucho más guapa que el retrato. (Perdona fotógrafo.)

suyo... Era la vieja historia del Don Juan apuesto y seductor. El despertó su alma con sus frases de fuego, y ella, blanca paloma, sintióse fallecer al dulce conjuro de sus palabras y le rindió su cuerpo como le había rendido el alma...

Después, lo eterno: él se desprendió de sus brazos, y como la había enseñado a amar, quiso enseñarla cómo se olvida...

Yo la amé entonces con más fuerza, y continué ciego hacia mis ilusiones, que eran muerte, mientras ella marchaba hacia las suyas, que eran vida...

Yo, a pesar de todo, hubiérale ofrecido mi amor; pero sabía que su alma sería siempre del "otro", que mis caricias traerían a su memoria "sus" caricias, que aun teniéndola cerca sentiríala alejada de mí...

Y como mi vida estaba desgarrada, como mi corazón no tenía sangre, empecé, guiado por la excelsitud de mi amor, una noble empresa: hacer dichosa la vida de mi amor imposible... Y busqué al seductor, y le hablé, como no he

hablado nunca; mis palabras le llegaron muy hondas, al alma... Y le convencí, no sé si por la fuerza persuasiva de mis frases o porque leyese en mis ojos algo terrible...

Y conseguí tornarle a aquellos brazos que se abrían amantes para él y se cerraban crueles para mí..."

Calló el anciano. Y he aquí la historia, la historia de amor, triste y abnegada, que conservaba intacta en mi memoria...

Eduardo Ortiz Colina.

OBRAS SUGESTIVAS

Por DOS PESETAS se envía paquete certificado conteniendo las siguientes obras: PORTFOLIO DEL DESNUDO, MONOLOGOS PICARESCOS, SECRETOS DEL AMOR y PAGINAS DE AMOR. Todas juntas, DOS PESETAS, cuya cantidad pueden enviar por giro postal al administrador de "ARTE", Apartado 359. Madrid.

BOTAS NUEVAS



Ella.—Estas también son pequeñas; pruebe usted otras.

El zapatero.—¡Señora; para usted no hay número conocido!



—¿Con ese descote pasarás mucho frío?
—No lo creas; estoy acostumbrada, y además esta moda es muy práctica, porque cuando me desnudo, no noto la diferencia de temperatura.

LA BESTIA HUMANA

Por mucho que pretendamos seleccionar nuestras amistades, nunca logramos este buen deseo por completo. El otro día he tenido el disgusto de conocer a un caballero de esos que hemos dado en llamar en Madrid "un joven bien; uno de esos señores que de todo hablan, que de todo saben y entienden, que intervienen en cualquier discusión por arduo que sea lo que se discuta; uno de esos "pollos prodigio"; un joven, estuche, donde todo insustancial, todo rasgo de osadía, toda demostración de falta de verdadera cultura tenía un lugar por derecho propio. Y hablamos de arte en general y después indistintamente de literatura, de pintura, de música... Según dijo varias veces, la pintura le "sorbía los sesos"; ¡así!... Hablé de los grandes maestros del pincel con tan grande inconsciencia, que el más lerdo, al oírle, hubiera podido afirmar que aquel hombre no tenía ni la más leve noción de la grandeza del arte pictórico.

Solicité de mí que le llevara al estudio de determinado pintor español— ¡gran firma, por cierto!—y accedí a su deseo

REFLEXIÓN



El golfo y la cocota.

—El golfo— ¡Y pensar que esta mujer, que tiene tan buenos trajes de abrigo, está expuesta a coger una pulmonía!...

con la sana intención de ponerle en ridículo ante el artista, al cual puse en antecedentes cuando le visité para rogarle que nos recibiera y me dispensara. ¡Cuánto me arrepiento! Me perdonas, ¿verdad, pintor insigne? No quiero citar tu nombre ahora. Lo que deseo únicamente es que el "niño bien" no vuelva a dirigirme la palabra.

El artista trabajaba en un lienzo donde su pincel hacía un desnudo de mujer maravilloso. La modelo estaba allí. Momentos antes de entrar nosotros se cubrió, y cuando penetramos en el estudio el pintor corría una tela ante el cuadro para ocultarlo a nuestros ojos. Apenas transcurridos unos minutos mi presentado enseñó la oreja, confundiendo a la modelo con una vendedora de amor a bajo precio, y el estudio con el comedor de Milagritos o Mari Pepa. Cuando menos lo esperábamos nuestros hombre se dirigió al sitio donde estaba el cuadro cubierto; de un tirón levantó la tela y quedó extático un segundo ante aquel milagro del arte.

Los ojos del artista fulminaron una mirada de ira sobre el indiscreto. Un gesto mío contuvo al pintor, que de muy buena gana hubiera tirado por la escalera al "niño bien". La modelo, disgustadísima, no ocultó su contrariedad, y cambiando de asiento se colocó de espaldas, moviendo nerviosamente un pie desnudo que al cruzarse de piernas asomó blanquísimo, impaciente, por debajo de la ropa.

—Esto sí. ¿Ve usted? Esto sí es bonito—exclamó el energúmeno—. Lo que no me explico es cómo pueden ustedes conservar la serenidad ante la modelo cuando hacen estos trabajos. ¡O no... la conservan...

—¿Le gusta a usted?—preguntó el pintor mascullando más que diciendo la pregunta.

—¡Una estupidez! ¡Me gusta una cosa loca! ¡Esto es una hembra! Con una mujer así es imposible pintar diez minutos seguidos. ¡O no!... Sea usted franco. ¿Cuántas veces coge usted el pincel y lo suelta en cada sesión? Porque ¡vamos! no pretenderá usted convencerme de que después de pintar estos senos y estas líneas y esta parte de aquí, sobre todo, ¿eh? aquí se pierde un hombre. ¡O no! Aquí San Luis el inocente hincó el pico y la azucena.

—Me permito advertir a usted—dije yo—que aparte los respetos que merece la obra, la modelo está aquí y le oye a usted.

—¡Ah! ¿Es esa?

—¡Como... esa!—exclamó el artista



El.—¡Te recojes la falda demasiado!

Ella.—¡No te importe, tontín; son nuevas las medias!...

indignado, y rectificando agregó: —Esa..., señorita.

—Lo debí haber adivinado al entrar— continuó la bestia sin comprender lo que acababa de oír—. Ya lo creo... Hermosa... Una preciosidad... Una mujer divina... Como que me están dando intenciones de imitarle a usted y hacer una cosa así... Y otras muchas cosas más... ¡Una bestialidad! ¡Una animalada! Yo ya... no sé qué hacer ni qué decir... Porque amigo mío, sin ser yo el autor de la obra, ni haberle visto a la modelo más que ese pie que se mueve como si tuviera el mal de San Vito, estoy ya que no quepo en la ropa que tengo puesta.

—¿Se marchan ustedes?—preguntó mi amigo el pintor viendo que yo tomaba mi sombrero y ofrecía el suyo al joven "bien".

—Sí—le contesté—. Nos marchamos. Este señor se ha emocionado de tal manera al ver ese cuadro, que desde hace unos instantes me ruega con la mirada que nos marchemos. Así, pues...

—Hasta otro rato.

—El señor no volverá—continué—por lo menos hasta que pueda invitarle a que le haga en su casa o en su estudio una visita como la que él te ha hecho hoy.

—Con mucho gusto.

—No... soy capaz... de tanto—balbu-



El.—Señora: parece usted Don Juan en busca de una mujer.

Ella.—¡Arcanos!

ceó el hombre convencido ya de que había metido las cuatro patas.

—Ni yo tampoco—afirmó rotundamente el artista acompañándonos hasta la puerta, al cual, antes de salir, pude decirle al oído:

—¡Perdóname!... Yo suponía que era sólo un memo; pero es una bestia y esto lo ignoraba yo.

—¡Mátalo al salir!...

Bajamos sin pronunciar palabra. Ya en la puerta de la calle, el joven "bien" me dijo esto nada más:

—Parece que se ha molestado un poco nuestro amigo. Pero no hay motivo, ¿verdad? Que menos puede decir un hombre ante una mujer como la que él ha pintado. Y le advierto a usted que la modelo se timaba conmigo, aunque fingía no gustarle la conversación. Pero, en fin, hasta otra, ¡qué caramba! Ese barbián sabe lo que se hace con el pincel. ¡O no! Lo menos tarda en acabar el cuadro sus cincuenta sesiones. Es una hembra colosal, una burrada de mujer. ¡Para decirlo yo, que no me conmueve ni el desnudo... de quién le diría yo a usted!... Me voy en ese coche que pasa. Y gracias, ¿eh? Ya iré a verle. Es preciso que yo vuelva a ver el cuadro ese. ¡O no! Ya lo creo. Con que hasta la vista, que tengo prisa por encontrar a alguien que se parezca a la morucha esa. ¡Salud!

Y desapareció tras la portezuela del coche que con el gesto había mandado parar.

No desearía volver a encontrarme con semejante tipo. El sugeto que ante una obra de arte alardea de sentirse varón, más que un hombre es un bicharraco inmundado que merece ser inutilizado para la propagación de la especie. Además, a la hora "de la verdad" hacen el ridículo con las señoras. "¡O no!"

Alvaro Garcés.

París, 4-2-915.

Nos dicen que doce de las más hermosas artistas de varietés organizan una comparsa de carnaval, y que en Casa de La Juana, Esparteros, 5 y 7, están confeccionando los trajes a estas horas. Por nuestra parte tenéis primer premio.

INGENUIDAD

Radiante de gozo y entusiasmo marchaba Julio Valoria, sujetando levemente entre sus dedos la misiva que tanta dicha le proporcionaba.

Contenía la tal misiva un llamamiento que, después de un mes de separación, su amada le hacía y él acudía presuroso al punto de la cita.

Le llenaba de contento y alegría solo el pensar que iba a ver a su Adela del alma, la que tantas veces había evocado en sus horas de insomnio tristes y alestargadas, siempre pensando en ella, pues constituía el sostén de su pensamiento, sin lo cual no hallaba modo de ocuparlo.

Un mes sin verla, que a él se le había

sajera portadora de esperanzas y promesas de amores, envuelta en un álito del viento impregnado de dulzura, o bien en el canto de un pajarillo, llenando su pecho de alegría como cuando ella cantaba en el florido jardín, nido de sus amores, coreada por los trinos del ruiseñor, que compenetrados de un mismo amor con las flores, estremecían el ambiente de entusiasmo.

Mientras caminaba se hizo la promesa de mostrarse serio y hacerse el agraviado. Pues qué—se decía—¿no ha tenido ella la culpa de todo con sus caprichos de niña mimada que se siente demasiado querida y halagada? Sí, desde hoy, si quería continuar con él, había de estar supeditada a lo que él dispusiera, y sus antojos se cumplirían cuando a

DIA PRIMAVERAL



El.—Parece mentira que estando a cuerpo no tenga frío. ¿Tú lo tienes?

Ella.—¡Estoy sofocadísima!

figurado una eternidad. El que de amores espera con la mente alocada, multiplica el tiempo de la ilusión, paréntesis de la realidad, en que se vive solo para el ser amado, embeleso o embriaguez de amor que sustenta y vivifica los sentidos mientras en ellos existe un átomo de esperanza.

Así Valoria había nutrido su pensamiento con recuerdos de dulces escenas y amantes idilios, forjando íntimos soliloquios de amor que se figuraba representados con ella en ideal Parnaso de sus sueños. Tan alto recogimiento alcanzaba el éxtasis de sus pensamientos, que imaginaba oír la voz dulce y clara de su Adela que llegaba a él, cual misteriosa men-

él le diera la gana, que no siempre se había de salir con la suya, y ahora se tornarían los papeles, correspondiéndola a ella el de obedecer.

Adela misma salió a abrirle. Estaba sola porque no había querido que se enterase nadie. El primer impulso de Julio, al verla, fué de alegría, como quien encuentra un talismán perdido, y se dirigió a ella; pero pronto le contuvo la mirada de Adela, ambigua y fría, que le llenó más de ansiedad.

Pasaron en silencio. La escena se hacía embarazosa para ambos.

Julio empezó.

—Adela, ¿qué es esto? ¿Por qué no

me miras? ¿Para qué me has llamado?

Adela, sin levantar la vista del suelo, repuso con voz plañidera:

—No era para nada. Sólo quería que me dejase en paz, que no se acordase de mí para escarnecerme. Para eso le llamé, para rogarle que por caridad, ya que no lo haga por compasión, deje de escribirme cartas como las que he recibido, llenas de ironías que me dañan e indignas de usted.

—¿Qué dices, Adela, que no te entiendo? Explicate. Yo hacerte daño a ti, que sería como hacérmelo a mí mismo. Es mentira, tú finges, me quieres engañar haciéndome pasar un mal rato.

—Aquí es usted el único que finge no saber nada. Lo hace usted a maravilla.

—No, Adela, no me atormentes, dime que es mentira, que no estás enojada conmigo, porque no tienes motivos para ello.

—Vaya, no te pongas tan triste; parece que lo haces de verdad. Si no tuviera mi conciencia tranquila de que ningún mal te he hecho, creería en tu disgusto; pero estoy convencido de que es una farsa que has tramado para burlarte de mí, y no te creo. Te está sentando muy mal esa cara que pones, y me voy a enfadar yo de verdad.

Adela dudaba. Por su mente pasó, como una ráfaga luminosa, el recuerdo de otros tiempos felices que con él pasara, y su entonación, aun acusando, se hizo más dulce.

—Pero ¿es verdad, Julio, que tú no me has escrito esas injusticias, dignas sólo de algún malvado que goza con el sufrimiento ajeno? ¿Es cierto que me sigues queriendo?

—Dejar de quererte sería para mí perder la vida, y aun después, las fibras de mi carne se rendirían a tu albedrío.

—Sí, sí, Julio, Julio mío. “Esos” son unos envidiosos que se esforzaban en alejarnos.

—Y unos malvados!

—Sí; pero unos malvados muy buenos para nosotros, porque han conseguido unificar con nuestras almas en un cariño que bendecirá Dios.

C. Oñías.

.....

Léanse con interés los anuncios telegráficos de EL VIEJO VERDE: Una peseta las diez primeras palabras; cada palabra más les cuesta a ustedes un sentido.

FRIVOLA

REVISTA HUMORÍSTICA

Aparecerá en Marzo

Del correo.

Amigo Demetrio: Preciso es que, conforme yo digo, seas de todo el mundo gran amigo). Voy a hacerte un ruego, o dos, o tres. ¡oh, fenómeno en pintar pantorrillas de señoras, criadas y chiquillas.

Y es de éstos el primero que seas indulgente y que no des órdenes agriamente para que arrojen ésto al sumidero. Pero, por hoy, si el trabajo te ataja, separemos el grano de la paja. Sabrás, Demetrio, que hay en Valencia (a más de naranjos y hermosas flores) un grande número de admiradores por tu pantorricencia; y queremos todos que nos dediques (Demetrio, no te piques) un par de originales pantorrillas de señoras, criadas o chiquillas.*

Y es el ruego tercero, que tengo yo en cartera algún articulito muy ligero, como cumple a tu Revista ligera.

Y te hago esta pregunta: ¿si los mando, y los publicas, cómo, dónde y cuándo su valor en pesetas podré yo recoger?

O... no admites escritos ni recetas por no poder caber en esa Revista de modistillas, de criadas, señoras y chiquillas?

Y nada más por hoy; por si tu fiero genio se desata, a callarme voy, y perdona esta “lata”, ¡oh, fenómeno en pintar pantorrillas de señoras, criadas y chiquillas!

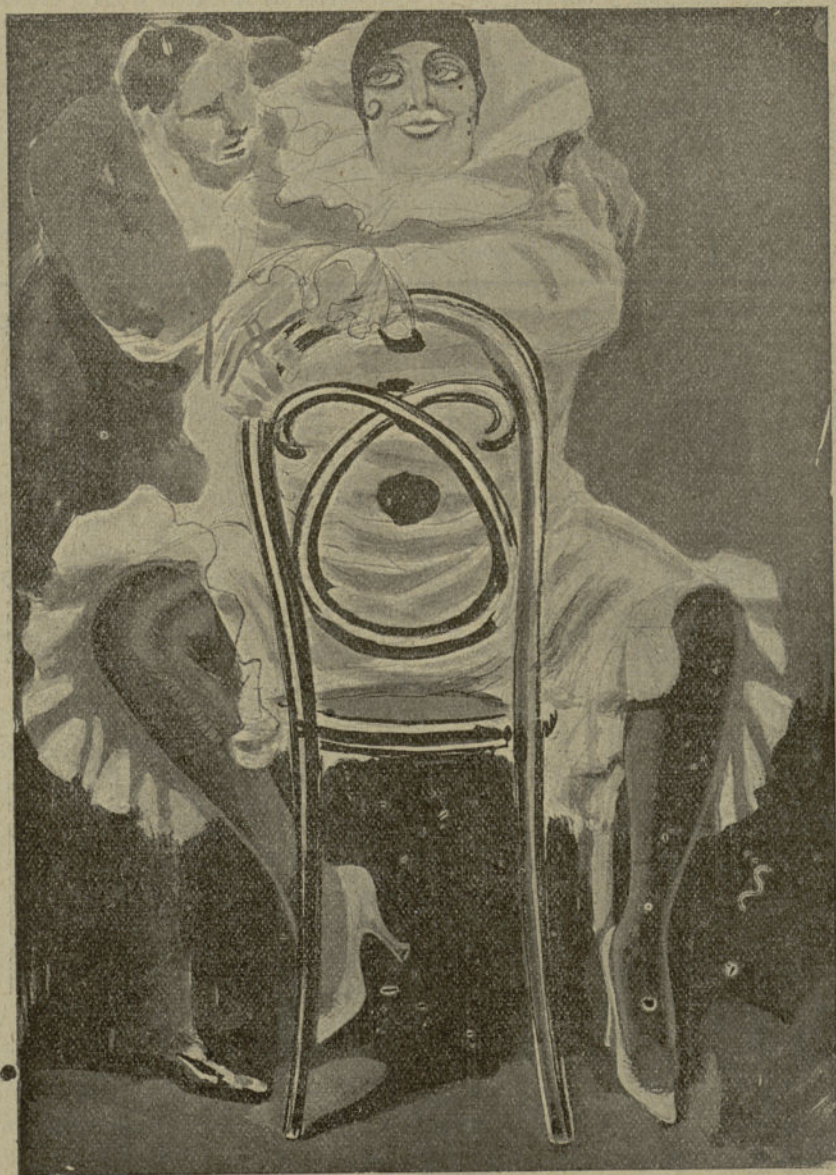
Perdone este desahogullo, amigo Demetrio, y si tiene a bien, conteste en su saludísimo “Viejo Verde”.

De usted profundo admirador y amigo, q. e. s. m.,

Equis.

Esto no lo cobras por lo pronto, querido Equis.—Demetrio.

En el baile.



El.—Oye, Pierrot, ¿quieres venir al palco, que tenemos seis botellas de champagne para cuatro?

Ella.—No tenéis bastante para mí.

¡Corazón!

Corazóná ristöcrata y doliente,
corazón delicado y femenino,
¿en qué piensas, eterno indiferente
si el amor se interpone en tu camino?

Corazón perfumado, sol de ocaso,
tremolar de adorable mandolina,
¿en qué piensas, si salen a tu paso
azules ojos de mirada fina?

¿Por qué tiembblas, gusano luminoso
cuando cae mi voz en tus entrañas?

¿Por qué me miras con mirar nuboso
cual si hubiera en tus ojos telarañas?

Piensa profundamente. ¿Qué es la vida?
Un relámpago acaso, una centella...
Entonces... ¿por qué tiras de la brida
al corcel de tu buena o mala estrella?

¿Piensas aún más allá? ¿Quieres ser
[pura,
como la luz del sol que te ilumina?

¡Bah! Si yo bebo el néctar de tu albura,
no he de manchar tu boca purpurina.

.....
¡No rendirte al amor! ¡Ese es tu rito!

¡Ir en contra de Dios y el Universo!

Entonces... ¡corazón!, sigue maldito,
¡por hereje, por falso, por perverso!

Angel G. Lugea.

Entre modistas.



Una.—¡Qué mala cara tienes! ¡Qué ojeras!

La otra.—Consecuencia de las veladas; llevo [q ince
días velando.

Sinceramente.

Vano empeño
el creer
que la vida puede ser
como un sueño.

La verdad
es escueta...

El poeta
si habla con sinceridad
no es poeta:

—Así es el dicho corriente
de la gente.

¿Y la lucha
—que ya es mucha
lucha—detrás de la gloria
para dejar a la historia
un enjambre

de sonetos
bien repletos
de horas de hambre?

Y de penas
que son buenas
porque enseñan a vivir.

(Las tristezas
son bellezas

porque enseñan a sufrir.)

¿La hermosura
de la vida? ¿La más pura?

¡La mujer!

Lo demás

no es poesía, ni jamás
lo ha de ser.

Aunque yo por un ficticio
encanto y una ilusión,
verifique un sacrificio
con mi docil corazón.

José de Rueda Rebollo.

¡TIENE RAZÓN!



Ella.—Ustedes los políticos deberían dictar órdenes severísimas, para evitar que paseen por las calles las mujeres con esos vestidos tan abiertos y provocativos. . eso se queda para estar en casa.

Cinco céntimos palabra.

Huéspedes: Señora viuda, joven y distinguida con tres hijas de diecinueve años las tres, acaba de instalarse, sitio céntrico para admitir huéspedes. Pagos adelantados pero económicos. ¡Ómo son cuatro a trabajar!...

Huéspedes. ¡Estudiantes: cerca de la Universidad; tres platos, dos pesetas!...

Otra vez cuando me veas por la calle, salúdame. ¡No parece sino que tu marido es alguien!

Frivola. Revista humorística. Se publicará a primeros de Marzo.

A un joven elegante que no conoce más que mujeres decentes, según él, se le han perdido los tirantes. ¡No lo entendemos!

Querido Juan: entrega a la criada mi corsé bien envuelto. ¡Tengo esta cabeza!... L.

Mañana no puedo disponer más que de media hora. Tú verás.—Julia.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida :: Los quince goces del matrimonio.
:: :: Misterios y secretos del lecho conyugal :: ::
 (Dos tomos con grabados.)

Se envían a provincias, certificados, los cuatro tomos por **cinco pesetas** en Giro postal, mutuo o sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por **cinco francos** o **un dólar**.—Los pedidos, con su importe, diríjense **únicamente a Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º dra., Madrid** (Casa fundada en 1896).—**Biblioteca privada**.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.—**Exportación, por mayor, de Revistas ilustradas y periódicos** a los señores libreros y Corresponsales de España y América.

EL VIEJO VERDE

CRÓNICA MUNDANA

Se publica todos los domingos

Arte, decencia y galantería :: Chismorreo de salones
 y saloncillos :: Colaboración de los más notables escritores ::
 :: fotografías de bellezas ::

VENTA

Mano de 25 ejemplares... 0,75 cts.
 Número suelto... 0,05 —
 Idem atrasado... 0,10 —

SUSCRIPCION

Subscripción en provincias, año. 3 pts.
 En el extranjero... 8 —
 En Madrid no se admiten subscripciones

ANUNCIOS

Línea del cuerpo 7 en las planas de anuncios... 0,50 cts.	Plana entera... 70 ptas.
Media plana... 35 ptas.	Línea del cuerpo 8 en las páginas de texto... 1,50 —

Descuentos por trimestre, semestre y año - Con grabados y fotografías, precios convencionales.

REDACCION Y ADMINISTRACION: PASAGE DEL COMERCIO, 11